

Tiempo de Navidad

Casi sin darnos cuenta hemos consumido doce meses de nuestras vidas. Nos encontramos de nuevo ante los umbrales de las fiestas más entrañables de que gozamos la mayoría de los humanos. Y el inexorable caminar del tiempo se nos hecha encima cada vez con más rapidez, cada vez con más vehemencia; señalándolo todo, controlándolo todo también.

Los que trabajamos, de alguna manera, por y para la cultura, somos algo parecido a unos "depredadores del tiempo", siempre pendientes de una fecha, de un acontecimiento: cuándo entregamos un artículo, qué día damos la conferencia, qué otro día se falla el premio de novela o poesía que tanto anhelamos. Y así siempre, repartiendo el tiempo, siempre escaso, con el servicio a los demás, con la colaboración en todo aquello que signifique tierra, raíces, nostalgias...

Pero la Fiesta de la Navidad no se vive igual en todas partes, no se siente de la misma manera en un pueblo que en otro, no todo el mundo la percibe del mismo modo, aunque la sensibilidad de la Navidad sea para todos igual. En las grandes ciudades la Navidad se traduce en cifras, es la fecha de evaluar lo que ha supuesto todo un año de sensaciones: la economía confirma su buena tendencia y se percibe una mayor actividad industrial y un mayor dinamismo en el sector de los servicios, se miden las cifras del paro e incluso se evalúan los apoyos políticos del gobierno. La Navidad no existe en el mundo de la economía y, cuando aparece por algún rincón una cifra positiva vestida de espumillón de colores, inmediatamente salen de su escondrijo, otras, vestidas de solidaridad que se encargan de recordarnos que aún quedan muchas hambres que saciar en el mundo, y se regocijan con algunas escenas de marginación que a nadie le agrada presenciar.

El sentido actual de lo navideño se aleja de la aleluya que nos anuncia la buena nueva con todo su esplendor y grandeza; más bien, nuestra alegría se centra en la proximidad de unos días que nos harán olvidar de momento la dureza del tedioso y monótono trabajo, al tiempo que nos permitirán demostrar nuestra respectiva posición social según sean nuestros despilfarros. Olvidamos conscientemente la fecha cristiana que celebramos y dedicamos esos días a grandes festines saturados de comilonas, bailes frenéticos y bacanales de locura, como si fuera ese el verdadero motivo de tan magna celebración, despojándonos del sentido común de antaño para celebrar tam-

bién de forma fervorosa y sincera el momento de acercarse al recién nacido y gozar de su venida. ¡Qué bello sería vivir siempre arropados con el espíritu de la Navidad, pensando en que ella fue obra de Dios para hacernos mejores!

Quizá éstas sean las Fiestas más bonitas de todo el año, pero también las únicas que a la vez producen alegría y tristeza por tratarse de unas fiestas de unión entre familiares y amigos; y bien sea por circunstancias de trabajo o la pérdida de algún ser querido, no siempre nos encontramos todos celebrando la Navidad con la misma alegría.

No pretendo censurar en exceso las demostraciones de júbilo, porque de alegría debe llenarse el mundo ante el grandioso acontecimiento que, siendo ya tan viejo, siempre es recibido como una verdadera novedad, pero sí creo que debería también dejar lugar para importantes reflexiones acerca del verdadero sentido de la Navidad.

El mundo está desigualmente repartido; mientras que a unos les sobra mucho, a otros les falta todo. Y son precisamente los que más tienen los que más alarde hacen de ser los mejores cristianos, porque reciben a Cristo entre lujos y ostentaciones que sólo pueden ser un insulto para aquellos otros que esperan la Fiesta con indiferencia entre sus penas y miseria.

Todo ello me lleva a recordar tiempos de Navidad en La Mancha, tiempos en los que estas fechas servían como una pura declaración de amor entre los seres queridos, tiempos en que era preciso detener el tiempo a modo de reflexión y tomar verdadera conciencia de nosotros mismos como seres humanos, tiempo de encuentro, de recuerdo y añoranzas, donde aún el balance anual de lo positivo o negativo se llena de sutileza, donde aún se contempla el cielo y se pide que la climatología sea benigna con nuestros campos. Tiempo de recuperar a los que viven en la distancia y de añorar a los que nos dejaron. Al regresar a tu pueblo natal lo encuentras todo distinto, maravilloso. Las calles se adornan y brillan con luz propia, como si salieran a darte la bienvenida, y se respira un aire que emana multitud de sentimientos.

La Navidad en La Mancha es una época de encuentros y solidaridad que va unida sentimentalmente a la celebración del Año Nuevo. Pero, sobre todo, es una tradición que hay que preservar en su más pura significación.

Ismael Alvarez